

que, en ese momento, jugaban los editores, no muy distinto al que desempeñan en la actualidad: «...en la historia literaria de todos los países ha habido siempre escritores dignos y escritores indignos. La adulación áulica a reyes y presidentes y a los potentados de la banca y del talento; el réclame grosero, francamente comercial, arribista o disfrazado de egoísmo; la pequeña subasta de un gran ditirambo, que lo mismo puede ser adquirido por un tirio que por un troyano; en fin, los más cobardes expedientes estratégicos para triunfar cueste lo que cueste. Junto a este forcejeo intestinal o vanidoso de los más, arrastran una existencia obscura y heroica los puros, los sacros creadores. Tal ha sido el espectáculo de la literatura de todos los países. Sólo que en nuestros días el cuadro se ensombrece más y más a favor del arribista»; «...el escritor arribista cuenta con la confabulación de los nuevos factores: la avaricia del editor y la indiferencia del público. Antes, el editor jugaba un papel de justo alcance literario para el efecto de los fines económicos de su empresa; hoy el editor ha invadido en forma insultante y desenfrenada la esfera literaria, imponiendo su voluntad omnímoda ante el autor y ante el público. En París, al menos, el editor, se ha convertido en árbitro inapelable de los valores literarios, y él fabrica genios a su antojo, ahoga según sus conveniencias, posibilidades inéditas y fulmina talentos ya acusados, según su capricho y las fluctuaciones de su negocio». Finalmente, en una breve referencia a Paul Valéry, en «Los negros y los bomberos», diseña socarronamente su idea sobre la carrera del escritor: «El señor Valéry acaba de probarnos, justamente, con su elección académica, que su carrera apolínea ha llegado ya a la meta definitiva, a la gloria, a la inmortalidad».

La crítica y su generación

La separación que llevamos a cabo para efectos de este trabajo ostenta cierto grado de arbitrariedad, pues las lucubraciones sobre el arte, los artistas, la crítica y los críticos, y la política, están todas profundamente relacionadas entre sí en el discurso vallejoiano y son difíciles de desgajar. Por eso, al tratar el aspecto de la crítica en estos artículos, precisamos que, en cierto modo, consideraciones de orden crítico están incluidas en sus aseveraciones sobre el arte y los artistas o que, incluso éstas nacen de aquéllas, y tomamos en cuenta en este apartado ya sea el plano de la definición como el ejercicio que Vallejo hace de la crítica, dándole especial énfasis a las opiniones que vierte sobre su propia generación literaria.

No hay en estas crónicas una definición abierta de lo que debe ser la crítica para Vallejo, si de algún modo la define lo hace a través de negaciones, diciendo precisamente aquello que no debe ser. Su visión de los críticos es también negativa y está teñida de desconfianza; éstos, por lo general, actúan en complicidad con los artistas arribistas que antes mencionamos o son los guardianes de situaciones que conviene mantener invariables. Las opiniones críticas del poeta peruano despuntaban en casi todos los asuntos que trataba y, aparte de las aplicadas a las artes, fueron importantes y extensas las de carácter social y las que dedica a lo francés.

En «El pájaro azul», crónica de la puesta en escena de la obra de Maeterlinck en París, ironiza la reacción de los críticos: «Los críticos han expuesto el tema de «El pájaro azul», vértebra a vértebra hasta la misma nuca o más arriba. Los críticos, llenos de sufi-

ciencia, han esquiado la comedia, alegorizándola más y más, interpretándola, situándola y fallando a boca de jarro. Buenos críticos y mejores franceses aún, saben que lo que dicen es la verdad». En «La miseria de León Bloy» denuncia la corruptibilidad de los críticos y el poder que éstos son capaces de alcanzar sobre el público. Cómo se consagra a un escritor de poca monta, por ejemplo, además de lanzarlo el editor: «Pagando a los pontífices de la crítica circulante, estudios, ensayos y elogios, los mismos que serán publicados y reproducidos, a paga secreta siempre, en cien periódicos y revistas francesas y extranjeras» (...) «Hoy los lectores son embaucados con mayor facilidad que en ninguna otra época y se dejan llevar ciegamente por lo que se dice y por lo que se dice ante sus ojos. ¿*Le Figaro* asegura todos los días que el señor Henri Bordeaux es un gran novelista? Sin duda el señor Bordeaux debe ser un gran novelista...» Este último párrafo desliza, además, una alusión al rol de la prensa en este tráfico de opiniones y podría remitir a lo que Vallejo entendía debía ser su propia actuación como periodista.

Citaremos a continuación dos párrafos en los que apreciamos la forma en que Vallejo expresaba su juicio crítico; el primero, contenido también en «El pájaro azul», la segunda crónica enviada desde Europa, revela un lenguaje muy próximo al de *Trilce*, por el tono y la libertad semántica, y el segundo —de «Salón de otoño»— refleja la capacidad de síntesis que aplicaba, la misma que no sólo involucraba el tema específico que trataba sino otros que se relacionaran con éste y, por ende, la cultura de su tiempo en general. «Desde luego ante tan fantástica “mise en scène”, ante tal derroche de sensualismo epidérmico, montando emociones en las tablas, mis nervios se encabritan, se desorbitan, y una sensación de insólita burdez los asalta, áserrándolos a grandes molarres. ¿Por qué se nos maltrata así, enterrando el color en nuestra piel hasta el pomo del vocablo? ¿Por qué el infierno, hecho sietes como espadas en los siete satanes de la retina? ¿Por qué se nos aporrea así la sensibilidad? ¿Por qué se nos grita y se nos da de piedras en el alma?...». «Humanismo celular, desnudez, campo, colores suaves y sin brillo, naturalezas muertas que, al revés de las de Chardín, no hablan al apetito sino al corazón; pocos retratos, amor al tema del vigor orgánico, algunos motivos ultracientíficos, como el de la telegrafía sin hilos de Crotti. Pero, sobre todo, el imperio del absurdo y la influencia de Picasso».

Acerca de su generación literaria, César Vallejo escribe para *El Norte* dos artículos complementarios, «Literatura peruana. La última generación» y «Los escritores jóvenes del Perú», y en notas como la que le dedica al ensayista «Francisco García Calderón» se refiere a ella de soslayo. La primera de estas crónicas es una reseña completa de la situación de la literatura peruana tal como la veía Vallejo alrededor del año 1923, y sus características la configuran, incluso, como una presentación. Hay en ella todos los elementos que deben reunirse en una presentación oficial, pero expuestos con brevedad: señalar que pasó la vigencia de la generación anterior, aunque sin afán iconoclasta, marcar el año de iniciación de la nueva, revelar su formación a través de lecturas, dar un rasgo que la caracterice, definir sus principios y sus actividades, designar un líder y pasar revista a las figuras más importantes en cada género. Todas estas condiciones están contenidas en la crónica que mencionamos y a cada integrante de la agrupación Vallejo le dedica frases concisas que lo configuran como persona y como intelectual. La segunda de las crónicas, escrita ya en 1925, es en realidad una ampliación de uno de los aparta-

dos de la anterior, el que trata sobre los ensayistas de su generación, género al cual Vallejo le da especial importancia si juzgamos por la afirmación con la que inicia el artículo: «La generación literaria del Perú que ha surgido desde 1916 se caracteriza por sus grandes disposiciones para las especulaciones filosóficas», y luego se refiere a los trabajos de Federico More, Antenor Orrego y José Carlos Mariátegui, fundamentalmente; Orrego había sido su compañero en el grupo trujillano, y Mariátegui, a quien había conocido en Lima y quien se había expresado favorablemente de sus poemarios, lo tipificaría a su vez como un importantísimo poeta de su generación. En relación a este último, Vallejo anuncia, en cierta forma, la trascendencia del pensamiento mariateguista: «Mariátegui no predica solamente para el Perú o América, sino para la humanidad. Sus conferencias se dirigen, en las personas de los obreros y estudiantes de Lima, a los estudiantes y obreros del mundo». A partir de 1926, Vallejo colaboraría en *Amauta*, la revista que dirigió Mariátegui.

En la entrevista y semblanza titulada «Francisco García Calderón», Vallejo no lleva a cabo una exposición sobre su generación pero, al registrar la conversación que mantuvo con este ensayista, expresa sutilmente, casi con silencios, su desacuerdo con García Calderón, que al hablar de la nueva generación menciona la suya (anterior a la de Vallejo), y su inclinación hacia sus propios compañeros no mencionados. Para comprender mejor el recurso que utiliza nuestro autor debemos citar un párrafo más arriba: «Lamenta el influjo nocivo de la política en las jornadas juveniles. (Yo medito en silencio. Reflexiono. El influjo nocivo de la política. Vuelvo a reflexionar. Sí. Está bien.)

—Usted hace falta en el Perú para dar camino y unión a las patrullas jóvenes que vienen empujando heroicamente su globo de idealismo.

Nombres universitarios del Perú suenan, forman y se esfuman. Deustúa, Villarán, Riva Agüero, Belaúnde —(Otra vez medito en silencio. Sí. Está bien)». No deja de esconderse algo de duda y de queja en estos silencios.

Dos puntos hay que destacar en «Literatura peruana. La última generación»: la preeminencia de la figura de Abraham Valdelomar (1888-1919) y los principios que distinguen a los miembros de su generación. Valdelomar es señalado como líder por su aliento impulsor de reformas literarias y porque debido a su obra, a su actitud vital y a su muerte temprana se erigió como modelo de los escritores que empezaban. Su importancia y la de la revista que fundó, en la que escribieron muchos de los que Vallejo menciona, son los factores esenciales para determinar el año 1916 como el del surgimiento de la generación. En ese año, Valdelomar sacó a la luz la revista *Colónida*.

En cuanto a los principios que distinguen a la generación, ellos reeditan las características que Vallejo proponía como ideales en un artista, y que hemos mencionado anteriormente. «Los nuevos escritores que aparecen fomentan su ímpetu creador en una austera y profunda dignidad artística. Vienen celosos de su rol de infinito, y llenos de una pura y elevada comprensión estética, muestran el pulso desnudo al aire, contraen su compromiso de vida y de labor con el ambiente, piden espacio y respeto para su pluma...».

Los comentarios de Vallejo sobre la literatura de su época no se limitan a la que se producía en el Perú, ni en los artículos de *El Norte* ni en los de otras publicaciones.

Con frecuencia se refirió a escritores latinoamericanos y franceses, expresando respecto a ellos su posición crítica; pero la nueva generación americana no propicia en él el entusiasmo que le causa su generación peruana e, incluso, la critica acremente en un artículo famoso, publicado en *Varietades* en 1927, «Contra el secreto profesional».

La política y el arte

Finalmente, y para redondear las ideas de Vallejo respecto al arte y al trabajo artístico, nos referiremos a un artículo de 1926, en el que el escritor define las relaciones entre la política y el arte, «El caso Víctor Hugo». Sabemos que en la escritura vallejana el capítulo de la política tiene importancia por sí mismo, sobre todo más adelante cuando su compromiso en este sentido se define aún más, pero no intentamos aquí introducir su pensamiento político sino solamente considerar esta primigenia separación que lleva a cabo entre los dos ejercicios.

El artículo, utilizando la figura de Víctor Hugo, separa las facetas de literato o de poeta y la de político. Debemos recordar aquí las ideas vallejanas sobre la actitud del escritor y su contacto con la fama, y destacar algunas anotaciones sobre el afán de notoriedad del escritor francés. En líneas generales, nuestro autor afirma que la fama literaria de Hugo se debe a su figuración política y no al valor intrínseco de su obra («Víctor Hugo poeta debe mucho, todo, a Víctor Hugo diputado») y que al evolucionar las ideas su obra cae en desgracia. Entonces, el cronista y crítico procede a definir la escritura de Víctor Hugo y, a partir de ella, diferencia la condición de poeta y la de político: «...la obra de Víctor Hugo, en su esencia, es la de un ideólogo político y no la de un poeta. Hugo utiliza la literatura solamente para adoctrinar por la tercera república. Su literatura es didáctica. De cada verso suyo se puede extraer una moraleja. Concebía una idea o tema político y lo vestía de literatura. (...) En todos sus poemas, novelas y dramas está patente alguna doctrina social, económica o religiosa. Y esto, por desgracia, todo puede ser menos arte. (...) Lo que no se puede tolerar es que se mistifiquen las cosas. Menester es distinguir al poeta del político. El poeta es un hombre que opera en campos altísimos, sintetizantes. Posee también naturaleza política, pero la posee en grado supremo y no en actitudes de capitulero o de sectario. Las doctrinas políticas del poeta son nubes, soles, lunas, movimientos vagos y ecuménicos, encrucijadas insolubles, causas primeras y últimos fines. Y son los otros, los políticos, quienes han de exponer e interpretar este verbo universal y caótico, pleno de las más encontradas trayectorias, ante las multitudes. Tal es la diferencia entre el poeta y el político».

En estos artículos publicados en *El Norte*, durante su primera época como periodista, Vallejo ha desperdigado no sólo sus concepciones sobre el arte sino sus vivencias de él, las mismas que animan su obra literaria. Como periodista, excede la simple función de informar, de traducir los sucesos exteriores a él, y pone en juego la amplia gama de su pensamiento, involucra sus ideas y sus creencias, involucra hasta sus vísceras cuando algún acontecimiento lo indigna; es, más bien, un escritor que ingresa al periodismo con una visión del mundo ya formada, la cual sale a flote constantemente. El periodismo de Vallejo es de opinión, es polémico, es creativo como su obra literaria, innovador como ella (aunque no a iguales niveles) de dos maneras: en lo formal, en artículos en

que despliega su estilo más personal, y en el pensamiento, profundamente conectado al nivel de los ideales. Aunque inserto en un artículo acerca de la dignidad del escritor («La miseria de Leon Bloy»), el siguiente fragmento permite una aproximación al compromiso periodístico de Vallejo: «El deber de la prensa, de éste y del otro lado del mar, está en contrarrestar esa sórdida ofensiva de la farsa y del latrocinio...»

Ana María Gazzolo

